

CULTURA Y REVOLUCIÓN

Mijail Lifshits

En el cincuentenario de la muerte de Marx*

El 14 de marzo de 1883 murió un hombre a quien le estuvo destinado gozar de un privilegio peculiar: ser odiado por todas las fuerzas dominantes de la vieja sociedad.

Muchas fechas memorables han atraído la atención pública en los últimos años. Nunca como hoy se habían celebrados tantos jubileos. Nunca la memoria de los grandes pensadores y artistas del pasado había estado tan indisolublemente vinculada con las luchas del presente. En este entrelaza-miento de la historia y la contemporaneidad, se expresa la exigencia de nuestra época de llegar a determinadas conclusiones con respecto al ciclo

de desarrollo histórico representado por hombres como Spinoza y Goethe, Hegel y Wagner.

La burguesía ha instituido festejos en honor de estas personalidades, ha puesto en funcionamiento todos sus medios de propaganda con el fin de demostrar que la reacción cultural de nuestros días constituye el desarrollo superior de sus ideas. Ministros y diputados han salido de sus oficinas gubernamentales y se han levantado de sus sillones parlamentarios para pronunciar discursos solemnes en honor de la "conciliación de las contradicciones" hegeliana o del «renuncia» goetheana. Pero en honor del gran líder del proletariado Karl Marx, las clases pudientes de su

REFLEXIONES

tierra natal organizaron festejos de género muy diferente. El homenaje de sangre y fuego que dedicaron a su memoria muestra mejor que nada la significación histórica de la personalidad de Marx, y su dife-

YA EN SU "DISCURSO DEL MÉTODO", DESCARTES HABÍA COMPARADO LA SOCIEDAD CON UNA CIUDAD CUYAS EDIFICACIONES HAN SIDO ERIGIDAS DE FORMA ESPONTÁNEA Y DESORDENADA, Y AL REVOLUCIONARIO, CON UN HOMBRE QUE SE PROPONE RECONSTRUIRLA DERIBANDOLA DESDE SUS CIMIENTOS.

rencia con respecto a los pensadores de avanzada de épocas anteriores. Por diferentes que sean los hombres que puedan ser vinculados a esta aristocracia del espíritu, una cualidad común los une: todos se rebelaron contra las condiciones de vida existente, señalaron sus rasgos negativos y condenaron su irracionalidad y su estrechez. Sin embargo, cada uno de ellos, en mayor o menor grado, atravesó por una crisis interna y una ulterior renuncia. Tras un periodo de "tormenta e impetu", sobrevino un momento de arrepentimiento en el que la razón soberana se inclinó ante el orden natural de la vida y se postró frente a la lógica inexorable de las circunstancias.

Existe una vieja y superficial manera de explicar toda "conciliación con la realidad" que se sustenta en la referencia a la cobardía y al servilismo. Tanto lo uno como lo otro juegan un papel importante en la historia. Pero en relación con grandes inteligencias y naturalezas fuertes como, por ejemplo, la de Hegel, semejante argumento no es capaz de explicar nada. En estos casos, la renuncia es, antes bien, un resultado de la "falsedad del principio", como en cierta ocasión se expresara Marx, que ellos enarbolaron, falsedad que ha de ser comprendida con sentido histórico; una

consecuencia del carácter limitado del peladoño de desarrollo de la ciencia y la vida representado por ellos.

Ya en su "Discurso del Método", Descartes había comparado la sociedad con una ciudad cuyas edificaciones han sido erigidas de forma espontánea y desordenada, y al revolucionario, con un hombre que se propone reconstruirla después de derribarla desde sus cimientos. Es cierto, dice Descartes, a quien habitualmente se considera un racionalista, que una casa construida con arreglo a un plan único es más bonita y más cómoda. Pero en relación con toda una ciudad, semejante reconstrucción provocaría un desorden aún mayor que el existente. "Los grandes cuerpos son difíciles de levantar una vez caídos y de sostener cuando van a caer; estas caídas tienen que ser muy violentas. Las imperfecciones de esos cuerpos son más soportables que sus cambios..."¹

De aquí se deduce que, independientemente de cuál sea el plan de los hombres, el elemento irracional es más racional que su propia razón. "...Por eso los grandes caminos que avanzan entre montañas, a fuerza de frecuentarlos, llegan a parecernos tan llanos y tan cómodos, que creeríamos loco al que en vez de seguirlos quisiera ir más recto al punto de llegada, saltando por las rocas y descendiendo por los precipicios."²

En estas palabras va implícita una idea que encontraría una formulación precisa en la obra de Leibniz: entre todas las posibles combinaciones de hechos, la mejor es la que se establece de forma natural, "nuestro mundo es el mejor de los mundos posibles".

Tal es el punto de vista de estos racionalistas que hacen una auténtica apología de lo irracional y consiguen demostrar que la racionalidad del orden universal existente radica en su origen espontáneo, que el mal no es sino una sombra en la belleza del bien y que ese "algo inatrapable" (*je ne sais quoi*) que constituye el fundamento de toda la perfección y toda la armonía del mundo debe buscarse justamente en los oscuros impulsos

REFLEXIONES

que anidan hondo en la sociedad y en la conciencia humana.

La variante política de esta idea general que conduce a la justificación del poder fuerte, cualquiera sea su índole, proviene de Maquiavelo y de Hobbes. Este último mostró muy poca preocupación por la moral señorial y por los restantes atributos estéticos de la exaltación nietzscheana contemporánea de la fuerza. Su filosofía está impregnada de una ironía misantrópica. Con tenebrosa sonrisa, aconseja a los gobernantes oprimir con pulso firme a la raza humana, a esos sucios y vanidosos yanoos que describiera Jonathan Swift. El poder de un canalla en el trono es la mejor solución posible. A propósito, tampoco entra en contradicción con las leyes de la naturaleza el hecho de que el pueblo ajusticie a sus gobernantes.

Otra forma de reverenciar el curso natural de la vida, encontró su expresión clásica en la obra de los liberales ingleses prerrevolucionarios. En este caso, la idea de la racionalidad de lo irracional adquiere un carácter más idílico: a la mecánica de las fuerzas que chocan en lucha abierta, se contrapone el ideal del mejoramiento orgánico imperceptible de la sociedad humana, pléthora de tradiciones y lirismo. La espontaneidad de los movimientos del alma, la libertad de la individualidad moral y estética, la negación de las reglas externas y la predicción de la armonía interna con el mundo circundante son las razones románticas que los liberales oponen a la revolución grosera que pone de cabeza al hombre con el fin de someterlo al control de la sociedad. No hay ni puede haber mejor forma de organización social que aquella que, ajena a toda suerte de construcciones artificiales, dimana del arte de la propia naturaleza de las cosas.

El secreto del retorno a la naturaleza que caracteriza a los ilustradores del siglo XVIII radica, precisamente, en la justificación de la legalidad espontánea de los nexos existentes entre los hombres. En relación con la naturaleza, todo lo creado por "el arte" es superficial y precario. Des-

cubrir la naturaleza significa conocer la ley "natural" del desarrollo económico. El sistema solar del régimen burgués comenzaba a salir de su nebulosidad primigenia y a revelar su movimiento, que parecía a los

LOS ECONOMISTAS DE ESTA ÉPOCA EXPERIMENTAN EL FASCINACIÓN DEL PRIMER AMOR AL DESCRIBIR EL ASOMBROSO SISTEMA DE PRODUCCIÓN Y CONSUMO QUE SE ESTABLECÍA A PESAR DE LA OPOSICIÓN VIOLENTE DE LOS GOBERNANTES, UN SISTEMA CAPAZ DE CREAR UNA "SIMPATÍA DE LAS COSAS" TAL QUE NO HABRÍA SOÑADO SIQUIERA EL MÁS AUDAZ DE LOS REFORMADORES Y UTOPISTAS.

escritores de entonces tan infalible como el movimiento de los astros.

Los economistas de esta época experimentan el fascinación del primer amor al describir el asombroso sistema de producción y consumo que se establecía a pesar de la oposición violenta de los gobernantes, un sistema capaz de crear una "simpatía de las cosas" tal que no habría

LA SUBLIME FILOSOFÍA DE LA ESPONTANEIDAD CONSTITUYE EL PELDAÑO SUPERIOR ALCANZADO POR EL PENSAMIENTO EN ESTE PERÍODO.

soñado siquiera el más audaz de los reformadores y utopistas. Grandes compositores, como Haendel, escriben oratorios en honor de la armonía universal. Los poetas cantan a la unidad del egoísmo privado y el beneficio social, a la inmersión en la vida personal y a la cercanía espontánea al orden universal.

Por diferentes que sean los intereses y las pasiones de los hombres, todos somos piedras del edificio gigantesco de la "fábrica mundial", y es bueno todo lo que ocupa el lugar que le corresponde. Pope, poeta inglés de la época, expresó esta idea

REFLEXIONES

en su *Ensayo sobre el hombre*:

De una pasión peculiar cada cual está imbuido
Nadie quiere ser otro
El sabio se siente dichoso al explicar el mundo
El tonto es más feliz siendo ignorante
El rico alcanza la felicidad en la abundancia
El pobre se contenta con la gracia de Dios
El ciego baila, y el cojo canta
El lunático se cree rey, y el borrachín, héroe
El químico hambriento persiste en fabricar oro
El poeta se contenta con su musa.

De esta forma, en cada manifestación del espíritu del tiempo había una partícula del doctor Pangloss voltaireano: "Todo es como es, y no pude ser de otra forma que como es"; "Los cerdos fueron creados para que los comamos, y he aquí que nosotros efectivamente los comemos"; "Las piernas han sido creadas para llevar pantalones, y nosotros realmente llevamos pantalones". Incluso los materialistas franceses del siglo XVIII, luchadores enérgicos contra todo vestigio medieval, se apresuraban en demostrar que sus ataques críticos no tenían el propósito de violentar "la ley natural", sino, por el contrario, el de afianzar la propiedad y la moral sobre una base más sólida. ¡Pobre de aquel que, aun imbuido de las mejores intenciones, deseé intervenir en el reino de las leyes espontáneas de la convivencia humana, más fuertes que el propio hombre!

La poesía experimenta esta santidad del curso natural de los acontecimientos a través de la imagen del destino trágico. Tomemos como ejemplo *Los bandidos* de Schiller, pieza dramática habitualmente considerada una expresión genuina de las ansias libertarias de la burguesía alemana.

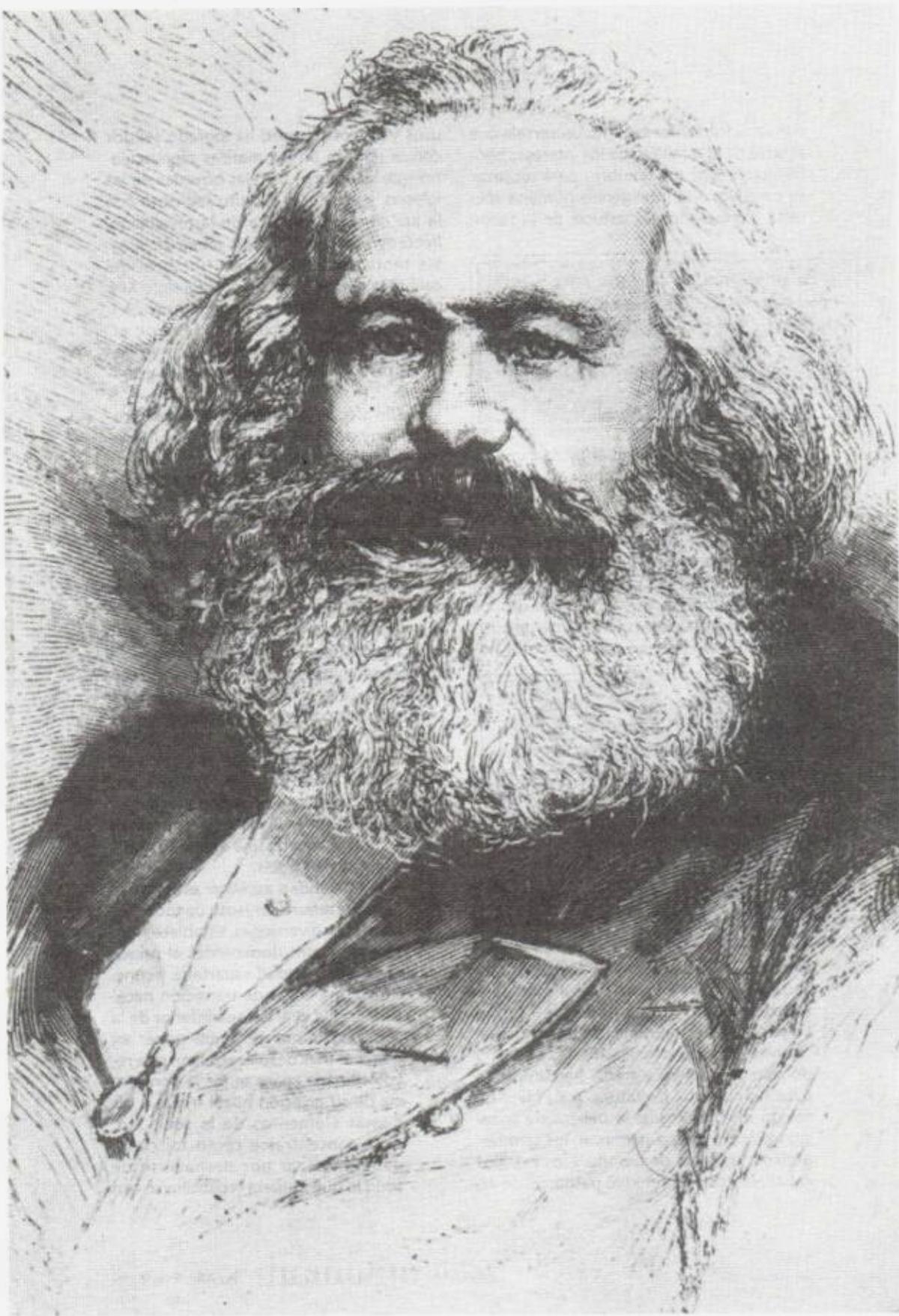
En esta obra encontramos ya, en esencia, todo el programa de la filosofía

idealista de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Franz Moor, grandísimo pícaro capaz de vender a su padre y a su hermano por alcanzar el poder, egoísta que pronuncia discursos en honor de la moral holbachiana y no cree en otro dios ni otro diablo que no sea la riqueza, representa en la obra de Schiller la sociedad fundada en la propiedad privada y el dinero. A él se contrapone su hermano Karl, de naturaleza noble, pero impetuosa. Karl Moor, desterrado a causa de las intrigas del hermano, se rebela con una banda de hombres audaces contra el orden existente y desempeña el papel tradicional del buen bandido defensor de los pobres.

Sin embargo, una vez saciada su sed de venganza, Karl Moor toma conciencia de su condición de pecador. El luchador por la felicidad y la resurrección moral de la humanidad estaba en lo cierto al negar el mundo, mientras esta negación no pasa de ser una idea pura. Pero al tomar las armas, se ve obligado a vincularse con bribones del tipo de Spielberg y actúa como una fuerza material contraria al curso natural de los acontecimientos, cuya racionalidad permanece oculta incluso para él mismo. En ello radica su culpa trágica, y para expiarla, según la idea del poeta, debe ponerse en manos de la justicia.

Quien por el sendero del crimen hacia la verdad avanza
No hallará placer incluso en la verdad alcanzada
—escribiría Schiller posteriormente, haciendo referencia, por supuesto, a la Revolución Francesa.

Por lo general, así criticaban la revolución los escritores alemanes de la época; reconocían el carácter *ideal* de sus aspiraciones, pero reverenciaban mucho más el *derecho de lo existente*. El mundo avanza por un curso determinado, en tanto el ideal es sólo una posibilidad. En términos generales, la sublime *filosofía de la espontaneidad* constituye el peldaño superior alcanzado por el pensamiento en este período. Hegel representó esta fuerza del autodesarrollo natural de las circunstan-



REFLEXIONES

cias en la forma del «espíritu universal» que se sirve de la totalidad de los intereses contradictorios de los hombres para alcanzar su objetivo. A la inteligencia humana sólo resta comprender la "astucia de la razón

A LA INTELIGENCIA HUMANA SÓLO RESTA COMPRENDER LA "ASTUCIA DE LA RAZÓN UNIVERSAL", Y ELLO ÚNICAMENTE DESPUÉS DE QUE SUS ENIGMÁTICAS COMBINACIONES YA SE HAN REALIZADO EN LA VIDA.

universal", y ello únicamente después de que sus enigmáticas combinaciones ya se han realizado en la vida.

Esta fuerza suprapersonal de las circunstancias no sólo tuvo su filosofía, sino también su estética. La idea del carácter unilateral, abstracto y no poético de la lucha revolucionaria, que destruye todos los vínculos tradicionales y arranca autoritariamente el velo que cubre el rostro ho-

LOS PRIMEROS MOVIMIENTOS DE LAS CLASES PLEBEAS DE LA SOCIEDAD NO SÓLO ESTABAN DIRIGIDOS CONTRA LOS PODEROSOS, SINO TAMBIÉN CONTRA TODO EL MUNDO DE LA CIVILIZACIÓN Y LA CULTURA, VINCULADO DE UNA U OTRA FORMA A LA RIQUEZA. CONTRA LA "FILOSOFÍA DEL PLACER" DE LAS CLASES ACOMODADAS, LAS MASAS POPULARES ENARBOLARON SU IDEAL DE POBREZA UNIVERSAL IGUALITARIA.

rrible de la verdad (Schiller, *La estatua de Sais*), es común en una u otra medida a todos los pensadores antes de Marx y Engels. La reacción nunca se ha valido exclusivamente de la fuerza de las armas, y no sólo con dinero y status ha comprado a los hombres de la cultura. A su favor ha tenido muchas cosas: la belleza de la resignación, la poesía medieval, los templos góticos, las rocas de basalto y los castillos caballerescos, la intimidad patriarcal de los

usos y las costumbres; ha logrado seducir con la riqueza de los matices crepusculares que se dibujan bajo las bóvedas de las iglesias, y asustar al espíritu sedicioso con la luz diurna y prosaica de la revolución. Recordemos cómo hacían saber de sí estas tentaciones incluso en hombres del calibre de Heine. A mediados del siglo XIX, uno de los "diádocos hegelianos", F.T. Fisher, autor de una conocida *Estética*, escribió: "La revolución quiere hacer la historia, pero la historia hecha no es estética".

En efecto, la revolución se había ocupado muy poco de la estética. Los primeros movimientos de las capas plebeyas de la sociedad no sólo estaban dirigidos contra los poderosos, sino también contra todo el mundo de la civilización y la cultura, vinculado de una u otra forma a la riqueza. Contra la "filosofía del placer" de las clases acomodadas, las masas populares enarbolaron su ideal de pobreza universal igualitaria. En época de Savonarola, la ira popular se descargó sobre el libre pensamiento pagano de las clases dominantes y, a la par, sobre las estatuas, las pinturas y otros objetos de placer de los patricios florentinos. En tiempos de Cromwell, destruyeron teatros y azotaron en público a los actores. Junto a los babuvistas, estaban dispuestos a reclamar: "Que mueran todas las artes si es preciso, con tal que nos quede una igualdad real". Con palabras de Engels,

esta austereidad ascética, este postulado del renunciamiento de todos los placeres y diversiones, establece frente a las clases dominantes el principio de la igualdad espartana y constituye una etapa de transición necesaria, sin la cual la capa inferior de la sociedad nunca se podrá poner en marcha. Para desplazar su energía revolucionaria, para tener la conciencia de su posición hostil frente a los demás elementos de la sociedad, para concentrarse como tal clase, debe empezar por deshacerse de todo lo que pudiera reconciliarse con

REFLEXIONES

el orden establecido y renunciar a los pocos placeres que todavía le hacen soportable su vida misera y que ni la presión más fuerte le podrá arrebatar.³

El tema de las artes, como medio de refinir las costumbres y prevenir la revolución, fue discutido vivamente en toda la literatura estético-filosófica del siglo XVIII. En la primera parte de su célebre discurso, Rousseau escribió:

Mientras que el gobierno y las leyes proveen a la seguridad y al bienestar de los hombres, las ciencias, las artes y las letras, menos despóticas y quizás más poderosas, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro con que están cargadas, ahogan en ellas el sentimiento de esa libertad original para la cual parecían haber nacido, les hacen amar su esclavitud y forman de ellos lo que se llama pueblo civilizado. La necesidad elevó los tronos, las ciencias y las artes los han consolidado. Potencias de la tierra, amad los talentos y proteged a quienes los cultivan.⁴

Las clases dominantes siempre han hiperbolizado tendenciosamente aquellos casos en que la hostilidad de los oprimidos frente a los opresores se ha trasladado a los objetos de la cultura que se encuentran a disposición exclusiva de estos últimos. A la cuenta del ascetismo plebeyo, que constituyó un peldaño hacia el despertar de la conciencia de clase de las masas populares, los historiadores han cargado con frecuencia todos los absurdos del puritanismo, esta religión de la acumulación y la cicatería burguesa. Olvidan señalar, desde otra perspectiva, una circunstancia notable apuntada ya por Vico: por muy oprimido y alejado de la cultura que esté, el pueblo siempre ha sido soberano no sólo en la esfera del lenguaje, sino también en la de la poesía. La historia del arte y la literatura seguirá mostrando las fuentes populares de todas las obras grandiosas creadas por el arte.

Si es cierto que la imagen de la revolución de las masas como una nueva invasión de los hunos es una perversa caricatura política, no menos cierto resulta, sin embargo, que los movimientos populares y el desarrollo de la filosofía, la ciencia y el arte hablan transitado por cauces diferentes durante toda la historia anterior.

El crecimiento y la complejización de la "jerarquía servil de las profesiones" y la unidad de la instrucción y la riqueza han puesto límites precisos al desarrollo de la cultura espiritual. La otra cara de esta moneda ha sido el carácter espontáneo de los movimientos independientes de las masas populares. Por supuesto, no debemos olvidar que la división social del trabajo no sólo establece límites al desarrollo del hombre, sino también engendra la lucha contra estos límites. Más de una vez, pensadores y poetas del pasado han alcanzado la cúspide de la cultura. Pero ello ha ocurrido precisamente cuando han sido capaces de escuchar el sordo ruido subterráneo del movimiento de millones de hombres. Como Anteo, el arte y la literatura multiplican sus fuerzas al tocar la tierra. Tal es el caso de Pushkin y de Tolstoi, grandes artistas rusos procedentes de la nobleza en cuya obra encontramos muchos elementos genuinamente populares.

Con todo, las formas de protesta contra la estrechez de las relaciones sociales tuvieron en el pasado un carácter unilateral y limitado. En el mundo de la cultura y la instrucción, surgieron grandiosos sistemas filosóficos que intentaron penetrar en el fundamento racional de lo exis-



REFLEXIONES



tente, y cuadros de la vida profundamente artística que reflejaron con veracidad sus conflictos internos, si bien lo hacían en forma enigmática y no sin cierta dosis de misticismo. Por otra parte, allí donde la protesta que se originaba en los fondos de la sociedad lograba trascender el delito individual, adquiría la forma de rebeliones espontáneas. El pueblo escribía sus poemas a sangre y fuego y los héroes de sus tragedias morían en patibulos y mazmorras.

La fusión plena entre la revolución y la cultura se proyecta en la historia de forma en extremo contradictoria. El hecho de que las grandes inteligencias del pasado experimentaran un respeto supersticioso hacia "la astucia de la razón universal", a la que adjudicaron la facultad de conciliarlo o, al menos, de explicarlo todo, tuvo un fundamento históricamente limitado. Es preciso tomar en consideración la inmadurez de la situación revolucionaria de la propia época, y el hecho realmente significativo de que la ampliación espontánea del mercado mundial y las transformaciones en las relaciones sociales a ella vinculadas actuaban objetivamente de forma mucho más revolucionaria que los más osados conspiradores.

Pero las masas revolucionarias tenían razones para mirar con recelo y aborrecer a los "legisladores", a los literatos y pintores cortesanos, y a los científicos encerrados en sus torres de marfil. Engels contaba que, aun en tiempos de su juventud, los artesanos comunistas alemanes recibían de todo hombre culto, por considerarlo un opresor de los pobres. Si el zar campesino Pugachov ordenó colgar al astrónomo Lovvits "bien cerca de las estrellas", la posibilidad de esta cruel ironía estaba dada por la propia ruptura existente entre la ciencia y la vida popular. Por lo general, allí donde actúan fuerzas ciegas, se crea un terreno propicio para el surgimiento de colisiones insolubles entre los hombres. A primera vista, la muerte de Lavoisier en la guillotina o la polémica de Robespierre con Prestley y, en general, con

REFLEXIONES

todos los "científicos" y "filósofos", parece sencillamente un triste malentendido. Pero desde un punto de vista más amplio, es evidente que tras este malentendido se oculta una *confrontación de derechos*, una contradicción histórica. Hasta cierto momento, esta contradicción pareció insoluble.

Marx unió en sí las dos tendencias fundamentales de la preparación histórica de una sociedad nueva, auténticamente humana, y en ello radica el significado histórico universal de su personalidad. En la misma medida, es un heredero de Spinoza, Leibniz y Hegel, y un continuador de la causa de Espartaco, Münzer y Babeuf. La doctrina y la lucha práctica de Karl Marx están libres de la limitación sustancial de las obras y acciones de sus grandes predecesores. El ascetismo y la hostilidad hacia la cultura en el movimiento obrero habían adquirido a mediados del siglo pasado un carácter sectario y reaccionario. En no pocas ocasiones, Marx y Engels se enfrentaron a artesanos de miras cortas y a revolucionarios pequeñoburgueses desgreñados, ridiculizados por Heine a través de la imagen del oso progresista. La doctrina de Marx ofrece un análisis histórico de la contradicción existente entre el mundo de la cultura y las masas trabajadoras, expresa la necesidad de la unión del movimiento comunista con la ciencia y el arte. El análisis marxista de la economía burguesa pone de relieve que la razón espontánea del desarrollo social no conduce en definitiva a la armonía universal, sino a las más absurdas contradicciones. La solución auténtica de estas contradicciones consiste en la supresión práctica de la estrecha envoltura social que constriñe las fuerzas creadoras de la humanidad contemporánea. De aquí dimana la doctrina de Marx sobre la dictadura del proletariado.

Marx comprendió que todos los síntomas de decadencia interna de la vida espiritual en la sociedad capitalista están estrechamente vinculados a las colosales contradicciones del periodo burgués de la historia. Ellos tienen, por esta razón, un ca-

rácter histórico transitorio y no un carácter absoluto. La revolución comunista del proletariado no sólo es necesaria desde el punto de vista de las necesidades prácti-

SI ES CIERTO QUE LA IMAGEN DE LA REVOLUCIÓN DE LAS MASAS COMO UNA NUEVA INVASIÓN DE LOS HUNOS ES UNA PERVERSA CARICATURA POLÍTICA, NO MENOS CIERTO RESULTA, SIN EMBARGO, QUE LOS MOVIMIENTOS POPULARES Y EL DESARROLLO DE LA FILOSOFÍA, LA CIENCIA Y EL ARTE HABÍAN TRANSITADO POR CAUCES DIFERENTES DURANTE TODA LA HISTORIA ANTERIOR.

cas de la clase obrera, sino también del desarrollo ulterior de la *totalidad* de la cultura humana.

Tal es el punto de vista de Marx, el *abc* de su doctrina, y es por ello que tiene bien merecido el odio que experimentan hacia él los señores y los servidores de la vieja sociedad. Cincuenta años de lucha transcurridos desde su muerte han disipado la aureola de santidad que rodea la forma burguesa de desarrollo social. Estos años han corrido la más temible de las

MARX UNIÓ EN SÍ LAS DOS TENDENCIAS FUNDAMENTALES DE LA PREPARACIÓN HISTÓRICA DE UNA SOCIEDAD NUEVA, AUTÉNTICAMENTE HUMANA, Y EN ELLO RADICA EL SIGNIFICADO HISTÓRICO UNIVERSAL DE SU PERSONALIDAD. EN LA MISMA MEDIDA, ES UN HEREDERO DE SPINOZA, LEIBNIZ Y HEGEL, Y UN CONTINUADOR DE LA CAUSA DE ESPARTACO, MÜNZER Y BABEU.

supervivencias del viejo mundo: la creencia idílica en el curso natural de las cosas, en el automatismo del desarrollo social, en el gobierno místico de la historia humana "desde arriba" (*Von oben herab*, se-

REFLEXIONES

gún la expresión de Kant). La tarea colossal de impedir que el movimiento histórico regrese a la conocida ruptura entre la razón humana y el desarrollo espontáneo de los acontecimientos, y de evitar que la formidable revolución de nuestra época se realice "con la resaca a cuestas", como más de una vez se realizaron las revoluciones del pasado, sólo están en condiciones de acometerla millones de hombres nuevos, dispuestos, como diría Dante, a emprender el más largo y escabroso de los ascensos.

* Este ensayo, publicado por primera vez en 1933 con el título "K pitidiciatilietu dnia smerti Marxa", forma parte del libro del autor *Karl Marx, iskusstvo i obschestvienni ideal, Judohestviennaia Literatura*, Moskva, 1972.

Mijail Lifshits (1905-1983), filósofo, crítico e historiador literario soviético.

Traducción del ruso: Rubén Zardoya
Loureda

NOTAS

1 Renato Descartes. "Discurso sobre el método que ha de seguir la razón para buscar la verdad en las ciencias", en *Obras*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, p. 9.

2 *Idem*.

3 Federico Engels. *La Guerra de campesinos en Alemania*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, p. 52.

4 Juan Jacobo Rousseau. "Discurso: sobre si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido al mejoramiento de las costumbres", en *Obras Escogidas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, p. 499. Rousseau tenía sus razones para escribir esta frase. Véase cómo explica la necesidad de las "artes agradables" el príncipe Dmitri Golitsin: "El aburrimiento y la tristeza son un veneno

de acción lenta; los salvajes y los bárbaros, privados de las artes agradables, son tristes y se aburren; la tristeza permanente y el aburrimiento los hacen sentirse insatisfechos con su vida, y esta insatisfacción potencia su carácter inquieto, su furia, su salvajismo y su inclinación a la残酷. Todo lo que contribuye a reducirnos el tiempo y a hacernos más alegres, aporta algo a nuestra felicidad. Gracias a la ley del amor al placer, nos vemos obligados a hacernos felices a nosotros mismos y a procurarnos sensaciones agradables. De esta forma, el ejercicio de las artes agradables está prescrito por la ley natural y constituye para nosotros un auténtico deber". (*Del espíritu de los economistas, o los economistas, defendidos de la acusación de que sus principios han sentado las bases de la revolución*. Edición en francés de 1796; citado por la traducción alemana publicada dos años después, p. 228.) Si tomamos en consideración que en el lenguaje filosófico del siglo XVIII "pueblo" y "salvaje" son sinónimos, no es difícil comprender el verdadero sentido de la idea de Golitsin; lo mismo que los espectáculos romanos, las "artes agradables" prescritas por "la ley natural", distraen la indignación de las masas.

